190

van y vienen por las levendas, perdidos al anochecer por entre inextricables selvas, rompiendo las zarzas v los espinos, como el Caballero de la muerte de Alberto Durero, bajo las pisadas de su pesado caballo, seguidos por su flaco lebrel, contemplados entre dos ramas por los fantasmas, y acercándose entre la obscuridad ora á algún negro carbonero sentado junto al fuego, que es Satanás metiendo en una caldera las almas de los difuntos; ora á algunas ninfas completamente desnudas que le ofrecen cofrecitos llenos de pedrerías; ora à algunos viejecitos, los cuales le devuelven su hermana, su hija o su novia, que han encontrado en una montaña, dormida en un lecho de césped, en el fondo de un hermoso pabellón tapizado de corales, de conchas y de cristales; ora á algún poderoso enano que, dicen los antiguos poemas, tiene palabra de gigante.

Entre aquellos héroes quiméricos surgen de vez en cuando algunas figuras de carne y hueso; en prime r lugar, y sobre todo, Carlomagno y Roldán; Carlomagno en todas las edades, niño, joven, hombre, anciano; Carlomagno, que la leyenda hace nacer en casa de un molinero, en la selva Negra; Roldán, á quien hace morir, no en Roncesvalles acosado por todo un ejército, sino de amor en el Rhin, en el convento de Nonnenswerth; más tarde el emperador Otón, Federico Barbarroja y Adolfo de Nassau. Esos hombres históricos, intercalados en los cuentos de personajes maravillosos, son la tradición de los acontecimientos reales que persiste bajo la aglomeración de las fantasías y de las imaginaciones, son la historia que alumbra vagamente à través de las fábulas, son la ruina que reaparece aquí y allá bajo las flores.

Y en tanto las sombras se disipan, los cuentos se borran, la luz resplandece, la civilización se reforma y la historia recobra su forma con ella.

Y he aqui que cuatro hombres, venidos de cuatro partes distintas, se reunen de vez en cuando junto á una piedra que hay en la ribera del Rhin, en la orilla izquierda, á pocos pasos de una avenida de árboles, entre Rhens y Kapellen. Aquellos cuatro hombres se sientan en esa piedra, y allí hacen y deshacen los emperadores de Alemania. Esos hombres son los cuatro electores del Rhin; esa piedra es la sede real, Kœnigsthül.

EL RHIN

El lugar que han escogido, aproximadamente en medio del valle del Rhin, Rhens, que es del elector de Colonia, mira á un tiempo, al Oeste, á la orilla izquierda, á Kapellen, que es del elector de Maguncia. y del otro á Branbach, que es del elector palatino. En una hora cada elector puede estar en Rhens desde su sede.

Por su parte, todos los años, el segundo día de la pascua de Pentecostés, los notables de Coblenza y de Rhens se reunen en el mismo lugar so pretexto de fiesta, y tratan entre sí de ciertas cosas obscuras; principio de municipalidad y de ciudadanía que hace sordamente su agujero en los fundamentos del formidable edificio germánico, va completamente construído; vivaz y eterna conspiración de los pequeños contra los grandes, germinando audazmente junto al Kœnigsthül, á la misma sombra de aquel trono de piedra del feudalismo.

Casi en el mismo sitio, en el castillo electoral de Stozenfels, que domina la pequeña ciudad de Kapellen, hoy magnifica ruina, Werner, arzobispo de Colonia, aloja y mantiene, desde 1380 á 1418, á algunos alquimistas que no hacen oro, pero que encuentran, andando hacia la piedra filosofal, varias de las grandes leves de la química. De suerte, que en un espacio de tiempo muy corto, el mismo punto del Rhin, el lugar apenas señalado actualmente que queda frente

á la desembocadura del Lahn, vió nacer para Alemania el imperio, la democracia y la ciencia.

En adelante el Rhin toma un aspecto que participa de militar y de religioso. Las abadías y los conventos se multiplican; las iglesias en las vertientes unen los torreones de la montaña á las aldeas de la orilla del río, imagen sorprendente, y que se renueva á cada sinuosidad del Rhin, del lugar que debe ocupar el sacerdote en la sociedad humana. Los principes eclesiásticos multiplican los edificios en el Rhingau, como habían hecho mil años antes los sacerdotes de Roma. El arzobispo Baudoin de Tréveris construye la iglesia de Oberwesel; el arzobispo Enrique de Wittingen construye el puente de Coblenza sobre el Mosela; el arzobispo Walram de Juliers santifica con una cruz de piedra, magnificamente esculpida, las ruinas romanas y la armella volcánica de Godesberg, ruinas y colinas un si es no es sospechosas de magia. El poder espiritual y el poder temporal se confunden en esos principes como en el Papa. De ahí una doble jurisdicción que toma las almas y los cuerpos y no se detiene, como en los estados puramente seculares, ante el beneficio de clerecía. Juan de Barnich, capellán de San Goar, envenena con el vino de la comunión á su señora, la condesa de Katzenellenbogen; el elector de Colonia, como á obispo suyo, lo excomulga y, como á su príncipe, lo hace quemar vivo.

Por su parte, el elector palatino siente necesidad de protestar perpetuamente contra las posibles usurpaciones de los tres arzobispos de Colonia, Tréveris y Maguncia; y las condesas palatinas van á dar á luz, en señal de soberanía, en el Pfalz, torre erigida delante de Caub, en el centro mismo del Rhin.

Al mismo tiempo, en medio de esos simultáneos ó sucesivos desenvolvimientos de los príncipes electores, las órdenes de caballería toman posiciones en el

Rhin. La orden Teutónica se instala en Maguncia, á la vista del Tauno, al par que, junto á Tréveris, á la vista de las Siete Montañas, los caballeros de Rhodas se establecen en Martinshof. Desde Maguncia la orden Teutónica se ramifica hasta Coblenza, en donde arraiga una de sus encomiendas. Los templarios, ya dueños de Courgenay y de Porentruy, en el obispado de Basilea, tenían Boppart y San Goar en la orilla del Rhin, y Trarbach entre el Rhin y el Mosela. Ese Trarbach, el país de los vinos exquisitos, es el Thronus Bacchi de los romanos, que perteneció más tarde á aquel Pedro Flotte, que el papa Bonifacio llamaba tuerto de cuerpo y ciego de espíritu.

En tanto que los príncipes, los obispos y los caballeros hacían sus fundaciones, el comercio creaba sus colonias. Una multitud de pequeñas ciudades comerciales germinaron, á imitación de Coblenza, en el Mosela, y de Maguncia ante el Mein, en la confluencia de todos los ríos y de todos los torrentes que vierten en el Rhin los innumerables valles del Hündsruck, del Hohenruck, de las crestas de Hammerstein y de las Siete Montañas. Bingen se posó sobre el Nahe; Niederlahnstein, en el Lahn; Engers, frente á trente del Layor; Irrlich, sobre el Wied; Linz, enfrente del Aar; Rheindorf, sobre los Mahrbachs; y Berghein, sobre el Sieg.

Mientras tanto, en todos los intervalos que separaban á los príncipes eclesiásticos de los príncipes feudales, á las encomiendas y bailías de los comunes, el espíritu de los tiempos y la naturaleza de los lugares habían hecho crecer una raza singular de señores. Desde el lago de Constanza á las Siete Montañas, cada cumbre del Rhin tenía su burgo y su burgrave. Aquellos formidables barones del Rhin, robustos productos de una naturaleza áspera y huraña, cuidados en los basaltos y los matorrales, guarecidos tras de las alme-

Tomo I

nas de su madriguera y servidos de hinojos por sus oficiales, como el emperador, hombres de rapiña que participaban del águila y del buho, poderosos únicamente en torno suyo, pero todopoderosos en torno suyo, dominando la cumbre y el valle, hacían levas de soldados, recorrían los caminos, imponían peajes, hacían pagar rescate á los mercaderes, lo mismo si venian de San Gall que de Dusseldorf, obstruian el Rhin con su cadena y enviaban orgullosamente carteles de desafío á las ciudades vecinas si se atrevían á afrentarlos. Así fué como el burgrave de Ockenfels provocó al extenso común de Linz, y el caballero Hausner del Hegau á la ciudad imperial de Kaufbeuern. Alguna vez, en sus extraños duelos, no sintiéndose bastante fuertes, las ciudades tenían miedo y pedían auxilio al emperador; entonces el burgrave se echaba á reir, y en la inmediata fiesta patronal se presentaba insolentemente al torneo de la ciudad, montado en el borrico de su molinero. Durante las horrendas guerras de Adolfo de Nassau y de Didier de Isemburgo, varios de sus caballeros que tenían sus fortalezas en el Tauno llevaron su audacia hasta ir á saquear uno de los arrabales de Maguncia, ante los mismos ojos de ambos pretendientes que se disputaban la ciudad. Era su manera de permanecer neutrales. El burgrave no tomaba partido ni por Isemburgo ni por Nassau, sino por el burgrave. Y únicamente bajo Maximiliano, cuando el gran capitán del santo imperio, Jorge de Frundsberg, hubo destruído el último de aquellos burgos, Hohenkraehen, expiró esa temible especie de nobles salvajes que empieza en el siglo x por los burgraves héroes y que acaba en el xvi por los burgraves bandidos.

Pero las cosas invisibles, cuyos resultados no toman cuerpo hasta pasados muchos años, se realizaban también en el Rhin, al mismo tiempo que el comer-

cio, y sobre los mismos barcos, por decirlo así, el espíritu de herejía, de examen y de libertad subía y bajaba por el gran río, sobre el cual parece que ha debido transitar todo el pensamiento de la humanidad. Podría decirse que el alma de Tanquelín, que en el siglo xII predicaba contra el Papa delante la catedral de Amberes, escoltado por tres mil sectarios armados, con la pompa y magnificencia de un rey, remontó el Rhin después de su muerte, y fué á inspirar á Juan Huss en su casa de Constanza, y luego bajó desde los Alpes al Ródano é hizo surgir á Doucet en el condado de Aviñón. Juan Huss fué quemado, Doucet fué descuartizado. La hora de Lutero no había sonado aun. En las miras de la Providencia hay hombres para las frutas verdes, y otros hombres para las frutas maduras.

Entretanto, se aproximaba el siglo xvi. El Rhin había visto nacer en el siglo xiv, no lejos de él, en Nuremberg, la artillería; y en el xv, en la misma orilla, en Estrasburgo, la imprenta. En 1400, Colonia había fundido la famosa culebrina de catorce pies de largo. En 1472, Vindelino de Spira había impreso su Biblia. Un nuevo mundo iba á surgir, y, cosa notable y digna de que se insista en ello, fué en las riberas del Rhin que acababan de hallar y de tomar nueva forma esos dos misteriosos útiles con los cuales Dios trabaja sin descanso en la civilización del hombre, la catapulta y el libro, la guerra y el pensamiento.

El Rhin, en los destinos de Europa, tiene una especie de significación providencial. Es el gran foso transversal que separa el Sud del Norte. La Providencia lo ha hecho el río-frontera; las fortalezas lo hacen el río-muralla. El Rhin ha visto la cara y ha reflejado la sombra de casi todos los grandes hombres de guerra que, desde treinta siglos, han arado el viejo continente con esa reja que se llama la espada. César

eruzó el Rhin subiendo del Mediodía; Atila atravesó el Rhin bajando del septentrión. Clodoveo ganó allí la batalla de Tolbiac. Carlomagno y Bonaparte han reinado en él. El emperador Federico Barbarroja, el emperador Rodolfo de Hapsburgo y el palatino Federico I, han sido grandes, victoriosos y formidables. Gustavo Adolfo ha mandado sus ejércitos desde lo alto de la garita de Caub. Luis XIV vió el Rhin. ¡Enghien y Condé lo pasaron! ¡Ay! Turena también. Druso tiene en él su túmulo en Maguncia, como Marceau en Coblenza y Hoche en Andernach. Para los ojos del pensador que ve vivir la historia, dos grandes águilas se ciernen perpetuamente sobre el Rhin, el águila de las legiones romanas y el águila de los regimientos franceses.

Ese noble Rhin, que los romanos denominaban Rhenus superbus, ora muestra los puentes de barcas erizados de lanzas, partesanas ó bayonetas, que vierten sobre Alemania los ejércitos de Italia, de España y de Francia, ó revierten sobre el antiguo mundo romano, siempre geográficamente adherente, las antiguas hordas bárbaras, también siempre las mismas; ora acarrea pacificamente los abetos del Murg y de San Gall, los pórfidos y las serpentinas de Basilea, la potasa de Bingen, la sal de Karlshall, los cueros de Stromberg, el azogue de Lansberg, los vinos de Johannisberg y de Bacharach, las pizarras de Caub, los salmones de Oberwesel, las cerezas de Salzig, el carbón de encina de Boppart, la vajilla de hojalata de Coblenza, la vidriería del Mosela, los hierros forjados de Bendorf, los tufos y las muelas de Andernach, las planchas de hierro de Neuwied, las aguas minerales de Antonistein, los paños y la alfarería de Wallendar, los vinos negros del Aar, el cobre y el plomo de Linz, la piedra de talla de Kœnigswinter, las lanas y las sederías de Colonia; y realiza majestuosamente á través de Europa, según la voluntad de Dios, su doble función de río de la guerra y de río de la paz, teniendo sin interrupción, en la doble hilera de colinas que encajona la mayor parte de su curso, de un lado encinas, del otro viñas; esto es, de un lado el Norte, del otro el Mediodía; de un lado la fuerza, del otro la alegría.

Para Homero, el Rhin no existía. Era uno de los ríos probables, pero desconocidos, de aquel sombrío país de los cimerios sobre los cuales llueve sin interrupción y que no ven jamás el sol. Para Virgilio, no era el río desconocido, sino el río helado. Frigora Rheni. Para nosotros, hasta el día en que el Rhin será la cuestión de Europa, es la excursión pintoresca á la moda, el paseo de los desocupados de Ems, de Baden y de Spa.

Petrarca vino á Aquisgrán, pero no creo haya hablado del Rhin.

La geografía, con esa inflexible voluntad de las pendientes, de las hondonadas y de las vertientes que todos los congresos del mundo no pueden contrariar por mucho tiempo, da la orilla izquierda del Rhin á Francia. La divina Providencia le ha dado tres veces las dos orillas; bajo Pepino el Breve, bajo Carlomagno y bajo Napoleón.

El imperio de Pepino el Breve estaba á caballo sobre el Rhin. Comprendía la Francia propiamente dicha, menos la Aquitania y la Gascuña, y la Alemania propiamente dicha, hasta el país de los bávaros exclusivamente.

El imperio de Carlomagno era dos veces mayor que lo fué el imperio de Napoleón.

Es cierto, y hay que tenerlo en cuenta, que Napoleón poseía tres imperios, ó, por mejor decir, era emperador de tres maneras; inmediata y directamente y por sus hermanos de España, de Italia, de Westfalia y de Holanda, reinos de los que había hecho los contrafuertes del imperio central; moralmente, y por derecho de supremacía, de Europa, que no era más que la base, de día en día más invadida, de su prodigioso edificio.

Comprendido de esta manera, el imperio de Napoleón igualaba al menos al de Carlomagno.

Carlomagno, cuyo imperio tenía el mismo centro y el mismo sistema de generación que el imperio de Napoleón, tomó y aglomeró en torno de la herencia de Pepino el Breve la Sajonia hasta el Elba, la Germania hasta el Saal, la Esclavonia hasta el Danubio, la Dalmacia hasta las bocas del Cabtaro, Italia hasta Gaeta, y España hasta el Ebro.

En Italia no se detuvo hasta los límites de los beneventinos y de los griegos, y en España hasta las fronteras de los sarracenos.

Cuando esa inmensa formación se descompuso por primera vez, en 843, muerto Luis el Bondadoso, que había dejado recobrar á los sarracenos su parte, esto es, todo el trozo de España comprendido entre el Ebro y el Llobregat, de los tres trozos en que dividió el imperio, todavía hubo con que hacer un emperador, Lotario, que tuvo la Italia, y un gran fragmento triangular de la Galia, y dos reyes, Luis, que tuvo la Germania, y Carlos, que tuvo la Francia. Después, en 855, cuando el primero de los tres jirones se dividió á su vez, de aquellos pedazos de un pedazo del imperio de Carlomagno se pudo hacer todavía un emperador, Luis, con la Italia; un rey; Carlos, con la Provenza y la Borgoña; y otro rey, Lotario, con la Austrasia, que se denominó desde entonces Lotaringia, luego Lorena. Cuando llegó el momento en que el segundo lote, el reino de Luis el Germánico, se desgarró, el resto mayor formó el imperio de Alemania, y en los pequeños fragmentos se instaló el innumerable hormiguero de condes, duques, principados y ciudades libres, protegido por los margravios, guardianes de las fronteras. En fin, cuando el tercer trozo, el Estado de Carlos el Calvo, cedió y se rompió bajo el peso de los años y de los príncipes, esta última ruina bastó para la formación de un rey, el rey de Francia; de cinco duques soberanos, los duques de Borgoña, de Normandía, de Bretaña, de Aquitania y de Gascuña; y de tres condes príncipes, el conde de Champaña, el conde de Tolosa y el conde de Flandes.

Esos emperadores son unos titanes. Tienen por un momento el universo en sus manos, luego la muerte les abre los dedos y todo se derrumba.

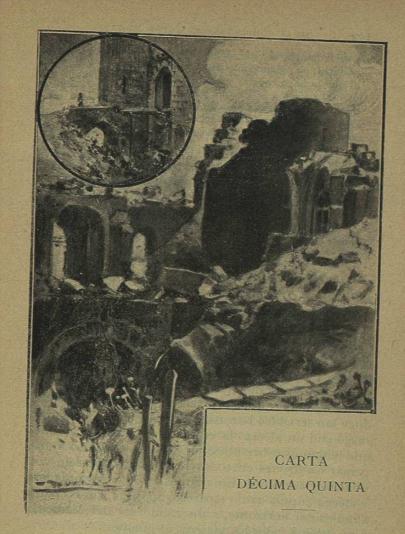
Se puede decir que la orilla derecha del Rhin perteneció á Napoleón igual que á Carlomagno.

Bonaparte no soñó en un ducado del Rhin, como habían hecho algunos políticos mediocres en la larga lucha de la casa de Francia contra la casa de Austria. Sabía que un reino longitudinal que no sea insular es imposible; se dobla y se corta en dos al primer choque violento. No conviene que un principado afecte el orden simple; el orden profundo es el que necesitan los Estados para sostenerse y resistir. Salvo algunas mutilaciones y aglomeraciones, el emperador tomó la confederación del Rhin tal como la geografía y la historia la habían hecho, y se contentó con sistematizarla. Es indispensable que la confederación del Rhin se oponga v sea obstáculo al Norte ó al Mediodía. Estaba dispuesta contra Francia, y el emperador la hizo cambiar. Su política era una mano que colocaba y dislocaba los imperios con la fuerza de un gigante y la sagacidad de un jugador de ajedrez. Engrandeciendo á los príncipes del Rhin, el emperador comprendió que acrecentaba la corona de Francia y que disminuía la corona de Alemania. En efecto, aquellos electores convertidos en reves; aquellos margraves y aquellos landgraves convertidos en grandes duques, ganaban en altura hacia la parte de Austria y Rusia lo que perdían del lado de Francia, grandes por delante, pequeños por de.rás, reyes para los emperadores del Norte, prefectos para Napoleón.

Así, para el Rhin, se manifiestan cuatro fases perfectamente distintas, cuatro fisonomías perfectamente delineadas. Primera fase, la época antediluviana y tal vez preadamítica, los volcanes; segunda fase, la época histórica antigua, luchas de la Germania y de Roma, en que resplandece César; tercera fase, la época maravillosa en que surgió Carlomagno; cuarta fase, la época histórica moderna, luchas de Alemania y Francia que domina Napoleón. Pues por cuanto haga el escritor para evitar la monotonía de esas grandes glorias, cuando se atraviesa la historia europea de un extremo á otro, César, Carlomagno y Napoleón son las tres piedras miliarias, ó más bien milenarias, que se en-

cuentran siempre en su camino.

Y ahora, para terminar con una postrera observación, el Rhin, río providencial, parece ser también un río simbólico. En su declive, en su curso, en los centros que atraviesa, es, por decirlo así, la imagen de la civilización, á la que ha servido tanto y á la que tanto servirá todavía. Baja desde Constanza á Rotterdam, desde el país de las águilas á la ciudad de los arenques; desde la ciudad de los papas, de los concilios y de los emperadores, al mostrador de los mercaderes y de los artesanos; desde los Alpes al Océano, como la misma humanidad ha descendido desde las ideas altas, inmutables, inaccesibles, serenas, resplandecientes, á las ideas amplias, móviles, tempestuosas, sombrías, útiles, navegables, peligrosas, insondables, que se encargan de todo, que lo llevan todo, que lo fecundan todo, que se lo tragan todo; desde la teocracia á la diplomacia, desde una gran cosa á otra gran cosa.



EL RATÓN

De donde vienen las nubes del cielo y las sonrisas de las mujeres .- Un cuadro .- Velmich .- El autor recoge una multitud de malas opiniones respecto á una ruina que ha hecho Tomo I